

**CACEROLAZOS Y BIBLIOTECAS:
LECTURA, SOLIDARIDAD Y ESPACIO
PÚBLICO DESPUÉS DE LA CRISIS
ARGENTINA DE 2001-2002**

**CACEROLAZOS AND BIBLIOTECAS:
READING, SOLIDARITY AND PUBLIC SPACE AFTER
THE 2001-2002 ARGENTINE CRISIS**

MARCY SCHWARTZ

Rutgers University
Department of Spanish and Portuguese
15 Seminary Place
New Brunswick, NJ 08901
USA
mschwartz@spanport.rutgers.edu

RESUMEN

Este artículo revela el rol de la lectura en el espacio público urbano como uno de los factores clave en la respuesta a una crisis económica y política. Después del colapso económico y político de Argentina en 2001-2002, la lectura se convirtió en una herramienta importante para las asambleas barriales que, además de cacerolazos, organizaron una economía solidaria que auspiciaba una serie de lecturas literarias y bibliotecas comunitarias. Cada asamblea tenía una comisión cultural activa, lo que demuestra que las actividades literarias como lecturas y

talleres de creación se consideraban tan esenciales para sobrevivir la crisis como la comida, la ropa, la vivienda y la salud. Los residentes locales canalizaban su descontento y frustración política más allá de los cacerolazos para reconstruir un sentido de ciudadanía a través de la democracia directa donde la lectura literaria en plazas, parques y edificios ocupados jugaba un rol importante. Enmarcado en una discusión de la novela *El grito* por Florencia Abbate, este ensayo documenta cómo las asambleas priorizaban el acceso público a la cultura literaria en un periodo de crisis.

Palabras claves: Lectura, crisis, bibliotecas, Argentina, espacio público.

ABSTRACT

This article demonstrates the role of reading in urban public space as one of the key factors in responding to economic and political crisis. After Argentina's economic and political collapse in 2001-2002, neighborhood associations organized, along with *cacerolazo* protests, a solidarity economy that sponsored a number of community activities such as public literary readings and community libraries. Every neighborhood association had an active committee for cultural programming, revealing that literary activities such as readings and creative writing workshops were deemed as essential as food, clothing, housing, and medical care for weathering the crisis. Local residents channeled their anger and frustration with the political situation beyond the protests into rebuilding public engagement through direct democracy where literary reading in neighborhood plazas, parks, and occupied buildings played a consistently strong role. Framed with a discussion of Florencia Abbate's novel *El grito*, this essay documents these groups' dedication to making literary culture accessible to the public during a period of crisis.

Key words: Reading, Crisis, Libraries, Argentina, Public Space.

Asambleas: un lugar de todos.

Titular de boletín, Asamblea Popular de Liniers

Florencia Abbate escribió su novela *El grito* (2004) durante la crisis económica argentina de 2001-2002, mientras se encontraba sin empleo y viviendo de sus escasos ahorros. Compuesta de cuatro historias entrelazadas que comparten personajes, cada una narrada por una voz distinta, la novela ofrece una perspectiva intergeneracional de la crisis económica y política. Cada capítulo cuenta una crisis personal: la depresión de cumplir treinta años, la separación de una pareja, un suicidio fallido y un diagnóstico de cáncer. Estas experiencias de desilusión, vulnerabilidad e inestabilidad en los días de fines de diciembre de 2001 y el comienzo de enero de 2002 coinciden con el climax de la crisis económica y política en Argentina. El grito del título se repite en cada capítulo mientras los personajes navegan la crisis, como el llanto de una familia empobrecida escarbando en la basura o el grito de un hombre enfurecido antes de romper una ventana. La sombra de la dictadura también cubre estas historias solapadas. Algunos personajes eran militantes en los años setenta, pasaron años en el exilio y, aunque llevan años de vuelta en Argentina, confrontan muchos desafíos. Las conexiones entre lo personal y lo político son paralelas a las tensiones entre lo individual y lo colectivo; los personajes manifiestan su angustia privada que se exagera en el escenario nacional de caos, colapso y desesperanza colectivos. Algunas escenas de la novela de Abbate sirven de marco para la siguiente discusión sobre cómo el movimiento de solidaridad, que se forjó como reacción a la crisis, priorizó la lectura literaria y las bibliotecas comunitarias.

En el primer capítulo de *El grito*, titulado “Warhol”, Federico narra que acaba de cumplir treinta años y está resentido y desilusionado. Federico, quien creció en varios países en el exilio con su madre militante, vive en Buenos Aires y se encuentra perdido personal y profesionalmente. Cuando sus padres se separaron, su padre homosexual se quedó en Buenos

Aires viviendo con su compañero y manejando una cadena de disquerías. Federico rehúsa a participar en cualquier actividad política como reacción al activismo de su madre, el que considera desactualizado. Sin embargo, se encuentra inesperadamente en el centro de un drama callejero la mañana después de los cacerolazos. Totalmente desprevenido del tumulto político de la noche anterior, Federico se despierta el 20 de diciembre y decide empezar de nuevo en honor a su cumpleaños. Se dirige a un gimnasio para inscribirse, y al andar por la calle se pregunta por qué tantas tiendas están cerradas, por qué circulan tan pocos autos, por qué hay policías armados haciendo guardia en cada esquina. Un joven punk, gerente del gimnasio, le comenta que teme que el país esté al borde de una guerra civil. Le enseña el libro que está leyendo, *Cómo se escribe un poema*, y le dice que quiere escribir un poema sobre la situación nacional actual. Poco a poco, Federico comienza a darse cuenta de que “la movilización” de la noche anterior “eran acontecimientos de dominio público” (37) y que ignora completamente lo que pasó. Después de pasear por calles desiertas, sube a un taxi y se sumerge en un recorrido laberíntico de desvíos y calles cerradas, una cartografía de la ciudad sitiada. De repente,

ocurrieron una serie de fenómenos que nunca olvidaré. Una auténtica batalla campal se desplegó de pronto alrededor de nosotros. Enjambres de personas huían de la policía, retrocedían para reagruparse y volver a avanzar hacia la casa de gobierno. Yo corrí como un condenado . . . Sentía un pavor irracional, aunque en definitiva muy real. Vi que la montada venía siguiendo a una oleada de tipos con palos, y me oculté en el hall de un negocio de electrodomésticos. (47)

Un viejo se queja de que gastó todo lo que tenía en medicamentos y grita, “ya no aguanto” al romper el vidrio de la vitrina de la tienda de electrodomésticos. Federico capta la imagen de su padre en la pantalla de los televisores, entrevistado en el noticiero porque una de sus tiendas había sido saqueada: “Aquello fue lo último que vi, puesto que en ese instante una bala se incrustó en mi pantorrilla y caí desmayado” (48).

Esta última escena del primer capítulo revela algunos elementos estructurales y contextuales claves de la crisis: el fracaso de la economía neoliberal (en la vulnerabilidad de los comercios), la ocupación de las calles por la gente, las graves consecuencias para la clase media que la encaminarán a participar en la economía solidaria y, lo más relevante para este ensayo, la presencia de la literatura y de la lectura como recursos en el medio del colapso económico y político.

Al recrear la desilusión de la crisis, Abbate sugiere la expresión creativa como vía de resistencia, perseverancia y cambio. La mayoría de los personajes se dedican a las artes o las industrias culturales: uno es ingeniero de sonido, otra es escultora, otra enseña historia de arte, otro trabaja en la industria de la música. A pesar de las circunstancias actuales y después de años en el exilio, siguen tratando de establecerse profesional y personalmente en Buenos Aires a través de sus iniciativas creativas. Aún Peter, luego de su suicidio fallido, afirma que

existe algo indestructible en cada uno . . . Es aquello donde mora nuestra fuerza para seguir viviendo, aun cuando se hayan conmovido todos los cimientos en que nos apoyábamos. Hoy sé que la mayor misión consiste en descubrir estos principios que velan sobre los escombros, que nos permiten soportar el horror consustancial a la vida, superar las peores catástrofes y reencontrar en nuestro interior la fuente de los nacimientos . . . (162-163)

Una dualidad de esperanza y desilusión enmarca este periodo de crisis en Argentina, donde la expresión cultural juega un rol crucial en la construcción de la solidaridad. A continuación se exploran las estrategias de sobrevivencia urbana que emergen a raíz de la crisis para revelar cómo la lectura se integra en la economía solidaria a través de las bibliotecas comunitarias y la programación cultural.

I. LA ANATOMÍA DE LA CRISIS Y LA EMERGENCIA DE ASOCIACIONES BARRIALES SOLIDARIAS

Las protestas, los saqueos y los cacerolazos de la noche del 19 de diciembre de 2001 son emblemas de este periodo difícil en Argentina. Los acontecimientos de esta fecha no llegaron sin señales; fueron el resultado de una culminación de fracasos económicos y políticos luego de una década de políticas neoliberales que exacerbaban la disparidad de ingresos y la tasa de desempleo, particularmente desde la presidencia de Carlos Menem (1989-1999). Bajo el gobierno de Menem se implementaron políticas conservadoras neoliberales (contra la plataforma de su partido Peronista) que incluyeron la privatización de recursos naturales e infraestructura. En 1991 el peso argentino se asoció con el dólar estadounidense (la “ley de convertibilidad”), dando paso a una década de un fuerte incremento en la importación extranjera y una baja precipitada en la fabricación nacional. Muchas fábricas cerraron y el desempleo subió de 18.3%, al final de 2001, a 55%, en algunos sectores en 2002. Cuando el Fondo Monetario Internacional dejó de aprobar préstamos a Argentina, la economía colapsó. El Presidente Fernando De la Rúa (1999-2001) renunció y le siguieron cinco presidentes que asumieron y renunciaron en el espacio de dos semanas. El lema “¡Que se vayan todos!”, gritado en las calles, pintado en graffitis, impreso en banderas, expresó la crisis de confianza y legitimidad en los líderes elegidos y en todo el sistema político representativo.¹

En medio de este colapso económico y político, surgió un movimiento solidario que proveyó apoyo local e intentó reemplazar la política representativa con la democracia directa. Junto con la organización política y la solidaridad económica fundada en el trueque de bienes y servicios, el movimiento solidario hizo bastante énfasis en la cultura. Es allí donde ingresó la presencia persistente de la lectura y la literatura. Como señala

¹ Ver “Cronología de la crisis del 2001” a <http://republica-economica.blogspot.com/2011/01/cronologia-de-la-tesis-del-2001.html>. Ver también Rapoport.

María Sáenz Quesada, Secretaria de Cultura del gobierno de Buenos Aires en ese momento, “[e]n el riguroso examen a que hemos sido sometidos en el 2002, la cultura sacó buena nota” (145). Muchos argentinos recurrieron a la cultura como forma de resistencia y demostraron “su capacidad y su voluntad de crear, de distraerse, de imaginar nuevos caminos” (145). Aunque la edición de libros se interrumpió y el precio de los libros importados los hizo inaccesibles, surgieron otras formas alternativas de cultura literaria, sobre todo a nivel local y de barrio.² Un ejemplo notable es la editorial cooperativa Eloísa Cartonera fundada en 2003 en Buenos Aires por el escritor Washington Cucurto y el artista plástico Javier Barilaro como respuesta a la falta de actividad editorial literaria. Con Eloísa se empezaron a encuadernar libros en cartón usado, comprado a los cada vez más numerosos cartoneros. Desde entonces, el modelo de la edición cartonera se ha multiplicado a través de toda América Latina y también en otras regiones internacionales (Europa, África).

Al igual que estas iniciativas editoriales de base, las estrategias empleadas por los que intentan sobrevivir la crisis salen del círculo íntimo de amigos y de la localidad del barrio. Sería difícil sobreestimar la importancia histórica del barrio en Argentina. Como comenta el arquitecto e historiador cultural Adrián Gorelik sobre el crecimiento imprescindible de Buenos Aires en los veinte, “el barrio era una creación social y cultural que transformaba la expansión urbana en un nuevo espacio público que incorporaba sectores populares” (153). En esa época, las asociaciones barriales tendían a agruparse alrededor de un equipo de fútbol o un bar de tango, y servían para protegerse contra las olas de inmigración europea y la rápida expansión de la ciudad. Estos clubes y asambleas funcionaban como los “centros activos de la sociedad civil” (Gorelik 153). Aunque la mayoría de estos grupos barriales establecidos en las primeras décadas del siglo veinte se habían desintegrado mucho antes de la crisis de 2001-2002,

² Ver Botto sobre la contracción de las oportunidades de publicar en Argentina en los 1990.

la práctica de asociaciones pequeñas y locales de vecinos persiste en la memoria histórica y terminaron siendo el modo principal de organización y de activismo después de la crisis, particularmente en Buenos Aires y en otras ciudades argentinas como Córdoba, La Plata y Rosario.

La indignación de la gente desembocó en los famosos cacerolazos. Hubo más de 2000 protestas entre diciembre y marzo, y solo en diciembre de 2001 hubo un promedio de sesenta y seis cacerolazos por día; sin embargo, el número de las protestas bajó poco a poco en 2002,³ y los ciudadanos desilusionados y enojados buscaron otra manera más eficaz de organizarse. Según Stella Calloni, “La ‘rebelión de las cacerolas’, un andar primero espontáneo, después buscando sus formas de quedarse, permanecer, crecer, madurar en las Asambleas de barrios” (19). Cansados ya de gritar “¡Que se vayan todos!” y convencidos de que el sistema de gobierno democrático representativo no iba a satisfacer sus demandas ni sus expectativas, se lanzaron “a la búsqueda de nuevas formas organizativas y de construcción social con el método de participación horizontal, el consenso, el respeto por las diferencias, el ejercicio de la solidaridad” (*Boletín Asamblea de la Plaza Estación Coghlan* 1.4 [2002]: 11).⁴ Para el mes de marzo de 2002, ya había más de 270 asociaciones llamadas “asambleas barriales” o “asambleas populares” en áreas urbanas.⁵ Un experimento de democracia directa, las asambleas trataron de llenar el vacío dejado por el

³ Un estudio indica un promedio de veintidos protestas por día en enero, once en febrero y cuatro en marzo de 2002 (<http://www.nuevamayoria.com/invest/sociedad/cso250402.htm> Accessed 26 May 2015). Las mismas estadísticas aparecen en una fuente de 2006: <http://www.ffyh.unc.edu.ar/alfilo/antiores/34/investigacion.html>.

⁴ Quisiera agradecer el acceso al archivo de la Latin American Ephemera Collection de la Princeton University Library, donde consulté ejemplares originales de los boletines, afiches y volantes de las asambleas barriales: <http://libguides.princeton.edu/c.php?g=84286>. Las referencias parentéticas en el ensayo dan cuenta del título, el número y la paginación (cuando está disponible); la lista de obras consultadas tiene una sección aparte dedicada al archivo.

⁵ La mayoría de las asambleas son de la ciudad y la provincia de Buenos Aires (122 en la capital, 105 en la provincia), las otras son de La Plata, Córdoba y Santa Fe (Feijóo y Salas Oroño 25-26).

colapso de la estructura política nacional. Al trabajar desde el pequeño espacio local del barrio, las asambleas generaron una forma de organización política personalizada y subjetiva que invitaba la participación individual.

Una de las características más destacadas de las asambleas fue la mezcla de clases sociales —otro resultado de la severidad de la crisis, particularmente para la clase media— que terminaba reuniendo grupos que antes compartían pocos intereses políticos comunes. Aunque los grupos dependían, hasta cierto punto, de la composición de clase social de los barrios, resultaban en “espacios de cruce” heterogéneos (Svampa 267) que juntaba a los crónicamente desempleados, sindicalistas, pequeños comerciantes que habían perdido todo y jóvenes recién llegados al activismo político.⁶ Las actividades de las asambleas incluían ferias de trueque, comedores populares, compras comunitarias, huertas comunitarias, ferias de trabajo y eventos culturales. En el ámbito de la organización política, las asambleas armaron protestas, pintaron murales comunitarios y desafiaron la burocracia de la ciudad al ocupar predios y edificios abandonados. Algunos de los grupos promovían el orgullo local al renovar edificios históricos y establecer giras históricas por el barrio. Aunque hubo intentos de integrar las asambleas de los distintos barrios en grandes organismos “interbarriales”, estas iniciativas no duraron mucho y prevaleció la autonomía individual de cada grupo.⁷

⁶ Uno de los lemas repetidos durante este periodo de solidaridad era, “Piquete y cacerola, la lucha es una sola”, para referirse a la causa común entre clases sociales. Svampa comenta la composición heterogénea de las asambleas: “comerciantes, empleados y profesionales, del ámbito público y privado, ligados a la administración, la educación y la salud; muchos de ellos empobrecidos, y algunos con alto grado de inestabilidad laboral; así como un conjunto de desocupados de diferentes procedencias, además de jóvenes con expectativas radicales muchos de los cuales realizaban en este espacio su primera experiencia política” (267). En el análisis crítico del movimiento solidario de este momento poscrisis en Argentina se subraya la mezcla de clases que se unen a la lucha, un fenómeno casi sin precedencia. Pérez Esquivel, por ejemplo menciona “la solidaridad intersectorial” entre las asambleas y dentro de cada una de ellas también (58).

⁷ Sobre la autonomía de las asambleas, Mattini comenta que “[c]ada asamblea es un nudo social que se constituye en el centro de una unidad autónoma que no responde

Las asambleas surgieron como respuesta directa a la crisis de 2001-2002, pero también servían para reflexionar sobre el vacío creado por los años de menemismo/neoliberalismo en torno de la represión de la dictadura de 1976 a 1983. Las iniciativas barriales a veces recordaban la represión de la dictadura y conmemoraban a víctimas del barrio o episodios clave de abusos del régimen. Podría decirse que las asambleas forman parte de la transición a la democracia, ya que agruparse y organizarse estaba estrictamente prohibido durante la dictadura:

las asambleas se encuentran con el desolador panorama de la desarticulación social, que había alcanzado tal grado que casi podría hablarse de disolución. El proceso iniciado en 1976 había arrasado con el entramado de organizaciones trabajosamente construido hasta entonces: en 2002 habían prácticamente desaparecido las juntas vecinales, las asociaciones de fomento, las bibliotecas populares, los clubes barriales, las actividades parroquiales, las sociedades mutuales y cooperativas. (Feijóo y Salas Oroño 24)

Es la naturaleza local y participativa de estos esfuerzos lo que reúne, por un lado, la emergencia de las circunstancias del momento y, por otro lado, la memoria del pasado reciente plasmada en la recuperación de los derechos de la comunidad. Cecilia Marteau nota una progresión de violencia contra la ciudadanía y la pérdida de poder en Argentina que empezó con la dictadura y culminó en el colapso de 2001-2002: “En este país ha habido una especie de secuencia de desapariciones: hace treinta años comenzó a desaparecer gente, después desapareció el dinero y ahora desaparece la política . . . La violencia es la desaparición de la palabra” (citado en Caram 33). Las asambleas de 2001 “surgían de aquellos rescoldos,

a un ‘centro de centros’. Es decir, la interbarrial es una simple instancia coordinadora, no el centro de las asambleas. De ser así estaríamos repitiendo la estructura estatal vertical que criticamos. Las asambleas brindan la oportunidad de ensayar la horizontalidad del poder” (Mattini 52). Svampa también subraya la autonomía como característica fundamental compartida de la “desigual experiencia asamblearia” (271).

[pero el impulso] había comenzado mucho tiempo atrás y estaba acompañado por los fantasmas de los que lucharon y no están” (Calloni 19).

2. PRENSA Y POLÍTICA: EL ROL DE LOS BOLETINES⁸ EN LA ORGANIZACIÓN SOLIDARIA

El trabajo de las asambleas se facilitó a través de “comisiones” o comités dedicados a la salud, la mujer, la vivienda, la organización política, comunicaciones y cultura. Las comisiones se reunían regularmente (en algunos casos, semanalmente) y reclutaban participantes por medio de anuncios en los boletines mensuales que documentaban las actividades e iniciativas de organización de los grupos. Los esfuerzos barriales para proveer comida, distribuir ropa e intercambiar recursos y conocimientos a través de trueques trataban de aliviar algunas de las dificultades concretas

⁸ **Boletines y otros documentos consultados y citados** de la Latin American Ephemera Collection, Princeton University Library, sección “Socio Economic Crisis and Political Participation in Argentina 1995-2005”. Los boletines pertenecen a barrios de Buenos Aires a menos que se indique la ciudad entre paréntesis: *Aguante Palermo Viejo (Asamblea Vecinal Plaza Palermo Viejo)*; *Alameda (Asamblea Parque Avellaneda)*; *Almagro en Asamblea (Asamblea de Almagro)*; *Boletín Asamblea de la Plaza Estación Coghlan*; *Boletín Asamblea Popular Belgrano-Nuñez*; *Boletín Asamblea Popular Boedo y San Cristóbal (La Plata)*; *Boletín Asamblea Popular Cid Campeador*; *Boletín de la Asamblea Barrio Hipódromo (La Plata)*; *Boletín Asamblea Popular de Caballito Parque Rivadavia*; *Boletín Asamblea Caballito Gastón Riva*; *Boletín de la Asamblea Plaza 1o de Mayo, Balvanera*; *Boletín de la Asamblea Popular Florida Puente Saavedra*; *Boletín Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa Urquiza*; *Boletín de la Asamblea Vecinos de Constitución*; *La Cacerola (Vecinos Autoconvocados de Córdoba y M. Bravo)*; *La Cacerola de Cornelio (Parque Saavedra, La Plata)*; *La Cacerola Parlanchina (Asamblea Vecinal de Agronomía-Parque Chas-Villa Ortuzar)*; *La Cacerola de Zapiola (Colegiales)*; *Carta abierta (Asamblea Vecinal de Boedo)*; *Claraboya (Biblioteca Popular Cornelio Saavedra)*; *Congreso (Asamblea Popular de Ayacucho y Rivadavia)*; *El Fortín (Asamblea Popular de San Andrés Norte)*; *Periódico Mensual de la Asamblea Popular de Liniers*; *En la Plaza (Asamblea de Vecinos Autoconvocados de Villa del Parque)*; *Plaza Tomada*; *Prensa Asamblea Popular Villa Pueyrredón*; “Proyecto de Ley de Comunas de Participación Directa”; *Proyecto Mono del Sur (Asociación Vecinos Autoconvocados de Barracas)*; *El Puente: Encontrando Palabras (Parque Lezama Sur)*.

de los vecinos. El compromiso continuo con actividades culturales, articuladas en cada una de las asambleas, resulta una dimensión inesperada a la respuesta local a la crisis. Los libros y la lectura eran una prioridad constante en los festivales, talleres, lecturas y uso del espacio público de las asambleas.

En sus reuniones semanales y sus múltiples eventos, las comisiones de cultura promovían de manera muy activa la lectura y la literatura. Todas las asambleas establecieron un comité de cultura con iniciativas determinadas según los intereses y las necesidades del barrio. La actividad más común eran ferias culturales, organizadas en algunos barrios todos los fines de semana, con espectáculos de títeres, talleres de teatro y lecturas de poesía. Estas ferias se anunciaban por medio de volantes distribuidos en el barrio y en los boletines, y ofrecían un ambiente festivo que buscaba juntar a los vecinos y darles una perspectiva más allá de las dificultades de la crisis. Los volantes anunciaban música, juegos y otras actividades para niños y, también, comida. Pedían donaciones para el comedor popular, como se ve en el volante para la Jornada de Resistencia, una feria en 2002 auspiciada por el barrio Parque Avellaneda, que pedía a los asistentes “traer 1 libro y/o alimento no perecedero a beneficio de ollas y comedores populares,” demostrando que los libros eran tan urgentes como la comida en la sobrevivencia de la crisis. Las visitas guiadas de los barrios históricos que promovían el orgullo y la pertenencia local, frecuentemente incluían lecturas, charlas y homenajes a escritores que habían vivido en el barrio. Además de talleres sobre activismo político, salud femenina y apoyo habitacional, los comités culturales ofrecían clases y talleres de creación literaria, teatro, títeres y murgas.⁹

⁹ Las murgas son grupos de músicos, percusionistas, bailarines y acróbatas que participan en celebraciones callejeras de carnaval. Empezaron en España y, en el siglo XIX, los inmigrantes las trasladaron a Argentina. Prohibidas durante la dictadura, las murgas resurgieron a la vuelta a la democracia. La mayoría de las murgas se asocia a un barrio y la animación performativa, además de talleres de murgas, coincide naturalmente con la revitalización de la actividad política barrial de las asambleas.

Los boletines no sólo anunciaban eventos, reuniones e iniciativas de lectura, sino que eran también fuente de lectura literaria: publicaban poesía, incluían citas de escritores y filósofos, y presentaban un lenguaje poético e imaginativo en sus ensayos y artículos. Entre los artículos, anuncios y fotos en los boletines, aparecía regularmente poesía de escritores de izquierda como Mario Benedetti y Eduardo Galeano y citas del dramaturgo Bertold Brecht.¹⁰ A menudo los artículos subrayaban el rol mismo de los boletines como portavoces de las asambleas: “un lugar donde apropiarse de la palabra . . . Y la palabra se hizo tinta, y cualquier barcito redacción . . . palabra por palabra, estamos escrachando al olvido, estamos escribiendo la historia” (*Boletín de la Asamblea de Colegiales* 1.16 20). Otro ejemplo con alusión a Tolstói declara al lenguaje como una herramienta clave del movimiento solidario y de cambio:

ser canal de expresión de las potencialidades que, nos parece, están latiendo a la espera de que les soltemos la rienda. Y soltarle la rienda significa sacudirnos recelos, sospechas, inhibiciones y ataduras varias para decir, proponer, inventar, debatir, exponer, crear. Un Boletín de lengua suelta, calzón quitado, cabeza abierta, mirada indiscreta, dedo en la llaga . . . un Boletín que, como pretendía Tolstói, al contar el barrio cuenta el mundo . . . para que el Boletín sea un verdadero símbolo de esa construcción colectiva que nos anima, es necesario que tomemos la palabra y abrámosla [sic] como una fruta madura o una ventana, démosla vuelta como un guante y, si es necesario, reinventémosla hasta encontrar la forma de decir lo nuevo. (*La Cacerola de Zapiola* 1.12 1)

¹⁰ Hay que reconocer que las varias citas y alusiones en los boletines no apuntan a una ideología concertadamente unívoca, más bien representan la heterogeneidad de las asambleas que en sí evitan el partidismo e incluso se niegan a asociarse a ninguna definición establecida de la izquierda. Además, cada asamblea se definía a su manera sin compartir necesariamente la identidad o la ideología de otras. Como mencioné arriba, la articulación entre diferentes asambleas para crear una “interbarrial” no logró concretarse de manera estable.

Las metáforas, las alusiones literarias, el humor y las expresiones idiomáticas transmiten una actitud juguetona, poética y entusiasta sobre el poder del lenguaje para lograr el cambio social y político. La tapa del boletín del barrio Balvanera de Buenos Aires confirma gráficamente la importancia de la lectura para el movimiento solidario. Sobre un dibujo urbano callejero flotan globos de diálogo con símbolos gráficos que afirman las prioridades del grupo: un libro (lectura), una casa (vivienda), pan (comida), una fábrica (trabajo) y una cruz (salud) (ver figura 1).

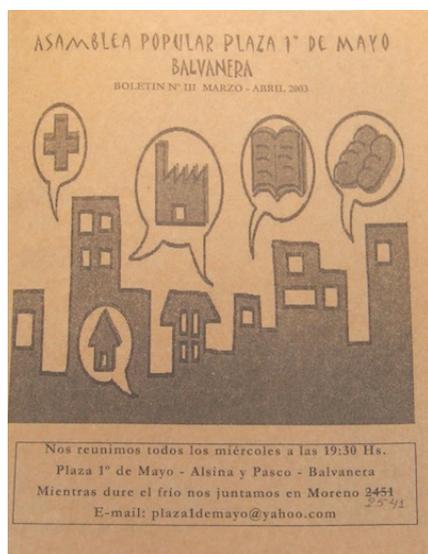


Imagen 1. Portada del boletín del barrio Balvanera de Buenos Aires.

Fuente: Latin American Ephemera Collection de la Princeton University Library.

Uno de los proyectos más importantes de las asambleas, que también apoyaba la promoción de la lectura, consistía en ocupar edificios y predios abandonados para convertirlos en espacios productivos para el barrio.¹¹ Una lista de “reclamos” en uno de los boletines declara que “[l]os

¹¹ La trayectoria para ocupar estos espacios es larga y variada. Algunos grupos intentaron primero acceder a los espacios por vía municipal, oficial. Normalmente sus pedidos no recibieron respuesta y la mayoría de las ocupaciones ilegítimas siguieron intentos frustrados de ganar acceso legítimamente.

espacios públicos no son ‘de ellos’, son nuestros, reclamamos lo que nos corresponde” (*Boletín de la Asamblea Vecinos de Constitución* 2 1). El primer número del boletín de la asamblea del barrio Parque Saavedra en La Plata, por ejemplo, anuncia como uno de sus objetivos principales “recuperar espacios públicos para el bien de la comunidad y a su vez brindar oportunidades” (1.1 12). Los esfuerzos de los grupos para recuperar y ocupar espacios abandonados servían para “reactivar un lugar muerto y hacerlo de todos” (*Boletín Carta abierta Asamblea Vecinal de Boedo* 1.3 5). Se limpiaban predios vacíos para reusarlos como huertas comunitarias, muchas veces con juegos para niños y hornos para hacer pan. Las asambleas trabajaban para rehabilitar edificios —pizzerías, lavaautos y bancos cerrados— para usarlos para hacer apoyo escolar y establecer guarderías, comedores populares y bibliotecas comunitarias. Hasta hubo una revista literaria editada por un grupo de empleados de la famosa fábrica textil Brukman, que anuncia “POESÍA” arriba del título y en letras más grandes que los otros géneros (editoriales, ensayos, memorias) que se publican. Aunque el ejemplo de Brukman no pertenece a una asamblea barrial, la iniciativa surge de la misma crisis: un grupo de obreros se apropió de la fábrica cuando los propietarios la iban a cerrar.¹²

3. BIBLIOTECAS PARA EL BARRIO: LEYENDO DURANTE LA CRISIS

Las bibliotecas barriales o populares en Argentina fueron establecidas en 1879 por Sarmiento bajo la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP).¹³ Informales y menos imponentes e institucionales que

¹² Hubo muchas fábricas ocupadas por sus obreros durante la crisis, entre las cuales Brukman es una de las más conocidas. El espacio aquí no permite un análisis completo de las fábricas tomadas. Ver el documental *The Take* (dirigido por Naomi Klein y Avi Lewis) sobre una fábrica automovilística ocupada por los empleados y convertida en cooperativa.

¹³ Ver <http://www.conabip.gob.ar/>.

las grandes bibliotecas urbanas, las académicas o las públicas auspiciadas por el gobierno, estas pequeñas bibliotecas estaban destinadas a servir al barrio. Ya que son independientes de las redes de bibliotecas públicas municipales y muchas se fundaron en pueblos rurales, era difícil supervisarlas y mantenerlas; varias cayeron en mal estado por negligencia, les faltaba mantenimiento o desaparecieron. Muchas de las bibliotecas comunitarias que las asambleas apoyaron son bibliotecas de la CONABIP que los grupos reabrieron y revitalizaron, mientras que otras son iniciativas nuevas.¹⁴ Las bibliotecas barriales, ya existentes o nuevas, contrarrestan el patrón de privatización neoliberal al promover la lectura como un derecho público. La Biblioteca Popular de Bella Vista en Córdoba lo declara explícitamente en su página web: “Las Bibliotecas Populares han sobrevivido a todos los avatares del ¿desarrollo? capitalista en la Argentina, al fraude conservador, a las dictaduras, al populismo, a los mecanismos clientelísticos de la democracia burguesa. Sobrevivieron a las quemadas de libros, a la inundación de best-sellers, al marketing” (Fiorito). Fiorito considera las bibliotecas barriales instituciones comunitarias, “refugios de la cultura” que funcionan para proteger “contra el peligro [de] que nos privaticen la lectura pública”. La Biblioteca Popular Cornelio Saavedra, establecida en Buenos Aires en la década de 1920, no sólo provee libros sino que originalmente ofreció servicios de salud pública y educación para adultos. Durante la respuesta solidaria de la crisis, el boletín de la biblioteca anunció su colección de 20.000 volúmenes, 16.000 de ellos categorizados como “literatura” (*Claraboya* 1). Otra biblioteca comunitaria auspiciada por el Club Imperio Juniors en el barrio Santa Rita y fundada en 1935 estaba en riesgo de cerrarse en 2002, pero un grupo de vecinos intervino para

¹⁴ El mantenimiento y la continuación de las bibliotecas comunitarias es un panorama muy desigual. Como las propias asambleas y su continuación o disolución (ver conclusiones y la nota 17 abajo), las bibliotecas comunitarias dependían de varias instituciones (entre ellas, CONABIP, mencionada arriba), de voluntarismo, de donaciones y de la disponibilidad y la sostenibilidad del espacio. El futuro de cada una de estas bibliotecas escapa los fines de este estudio que propone examinarlas como respuesta a la crisis del momento.

preservarla. La Biblioteca Popular situada en el Club Everton en el barrio Parque Saavedra en La Plata, que pertenecía a la CONABIP establecida en 1943 por el escritor Mario Sureda, estaba cerrada desde hacía siete años cuando la asamblea barrial intervino para reabrirla en el momento de la crisis (*La Cacerola de Cornelio* 2.6 4). Esta biblioteca contaba con un acervo de 10.000 volúmenes y en el momento de recuperarla se transformó de un espacio reservado para los miembros del club a un espacio abierto al público.

Las bibliotecas barriales fueron una prioridad del movimiento solidario después de la crisis, mencionada frecuentemente en anuncios y artículos en los boletines y en los volantes que circulaban por el barrio. La organización de la página del boletín del barrio Villa del Parque indica la importancia de la lectura literaria con su anuncio pidiendo la donación de libros para una biblioteca móvil arriba en la página, antes del pedido de donación de comida, medicamentos y ropa. El anuncio, además, enumera géneros literarios, con la mención de “novelas, cuentos, revistas, libros de poesía” antes de libros escolares y libros de cocina (6). En el acta constitutiva del organismo intraurbano, “Proyecto de Ley de Comunas de Participación Directa”, redactada colectivamente por las asambleas porteñas, confirma esta dedicación a la lectura: el Artículo 22 del documento subraya las bibliotecas públicas como prioridad para el movimiento, “velar por el mantenimiento, desarrollo y promoción de los edificios escolares, bibliotecas, museos, centros polideportivos, centros culturales, teatros y en general de los inmuebles del dominio de la Ciudad de Buenos Aires o a través de organizaciones no gubernamentales comunitarias (5).

Uno de los ejemplos más destacados de priorizar la lectura en la recuperación de espacios abandonados tiene que ver con los intentos de ocupar la mansión que perteneció al soldado y escritor Lucio V. Mansilla (1831-1913) en el barrio Belgrano de Buenos Aires.¹⁵ El boletín de la

¹⁵ Ver el sitio web de la Casona: <https://lacasonademansilla.wordpress.com/2011/07/05/5/>.

Asamblea Popular Belgrano-Nuñez documenta el proceso de acceso y recuperación de la “Casona de Mansilla”. El edificio servía como centro de capacitación de profesores del Ministerio de Educación entre 1914 y 1982, pero se cerró por el alto costo de mantenimiento. Declarado monumento histórico en 1999, el edificio pronto fue abandonado por el gobierno municipal y cayó en mal estado. Recuperar la mansión para convertirla en centro cultural pasó a ser una de las principales prioridades de la asamblea. Se menciona el proyecto en el primer número del boletín en julio de 2002, y una foto del edificio ocupa la tapa del segundo número (septiembre de 2002), además de servir de tema de muchos volantes, artículos y cuestionarios. A través del boletín y por medio de volantes, se distribuyó un cuestionario pidiendo que los residentes indicaran sus preferencias para el edificio. Luego de preguntas sobre seguridad y apariencia, la segunda parte del cuestionario interroga sobre los usos del edificio renovado. Entre las opciones —cultura y recreación, comidas comunitarias, ropa, ciclos de cine, clases técnicas y de artes, servicios para vecinos de tercera edad— figura al final “biblioteca barrial”. Los resultados del cuestionario aparecen en el siguiente número del boletín (1.2 8), y demuestran un fuerte apoyo para dedicar un espacio a la biblioteca (46%), entre las cuatro actividades más elegidas por los vecinos. El cuestionario del grupo de Belgrano-Nuñez que toma en cuenta la opinión de la comunidad demuestra tanto la práctica de organización comunitaria horizontal, muy común luego de la crisis, como el valor de la lectura como recurso público.

El compromiso de parte del barrio local con bibliotecas y lectura literaria, como se ve en los ejemplos mencionados, no es un fin en sí sino una herramienta estratégica para ejercer la democracia directa y la política solidaria. La estructura horizontal en la que se valoran todas las voces y todos los votos requiere, según los principios solidarios de las asambleas, una ciudadanía informada, empoderada y con pensamiento crítico. Los libros y la lectura no solo sirven a fines académicos o para adquirir destrezas técnicas; los artículos y volantes impresos por las asambleas regularmente anuncian talleres de creación literaria y justifican la dedicación de espacio

público para lectura literaria en sus centros y sus eventos. La gran mayoría de los volúmenes recogidos en las bibliotecas comunitarias, según dan cuenta los boletines, representan géneros literarios. Un artículo en el boletín de la asamblea de Parque Lezama Sur, *El Puente: Encontrando Palabras*, titulado “Los por qué de una biblioteca en el barrio”, elabora la conexión entre lectura, solidaridad y activismo local participativo: “Donde el lector deje de ser sólo eso, un consumidor de saber y empiece a encontrar las palabras para pensar su vida . . . generar un espacio de producción y socialización del conocimiento . . . un espacio donde el lector este [sic] en contacto directo con el libro, contacto que le permita perderles [sic] el respeto y el miedo” (3).¹⁶ Más que una función didáctica, las bibliotecas y las actividades de lectura ocupan el espacio público para promover convivencia, para apoyar el orgullo local y para contribuir al movimiento solidario. Otro artículo de boletín advierte que los libros sí muerden: “Sí. Los libros muerden el cerebro, y lo despiertan. Por esa razón nuestra Asamblea tiene una biblioteca a disposición de los que quieran leer o donar libros” (*Boletín de la Asamblea Popular Florida Puente Saavedra* 2.6). Como comenta Luisa Valenzuela en *Libro que no muerde*, “[e]s una frase muy argentina: ‘Agarrá los libros, que no muerden’; por ejemplo, cuando se le dice a un niño que se ponga a estudiar . . . Y finalmente los libros muerden . . . ojalá muerda[n]” (19). Las bibliotecas comunitarias, talleres literarios y otros eventos promueven la lectura para construir cohesión barrial y demuestran el aprecio a los libros como un bien público que nutre el movimiento solidario. En vez de considerar libros y lectura como un entretenimiento pasivo, una necesidad académica o un lujo de la élite, las asambleas se apoderan de la literatura como herramienta para reconstruir la comunidad.

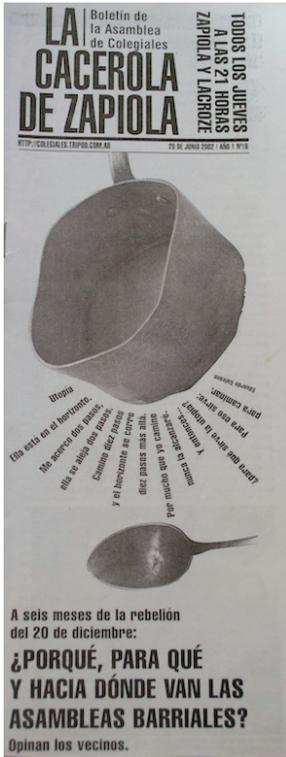
¹⁶ Este grupo ocupó el edificio del Banco Mayo en Buenos Aires en la calle Suarez 1244.

4. EL GRITO COLECTIVO: ENTRE UTOPIA Y DESESPERANZA

El grito en la novela de Abbate, mencionado al comienzo de este ensayo, es una metáfora de una expresión de angustia tanto individual como colectiva. En una entrevista, la misma autora califica a su novela como pesimista, pero también encuentra un sentido de liberación en el medio de la crisis:

otro sentido que tendría que ver más con la liberación, con un grito colectivo que permite . . . soltar o aflojar algo que estaba contenido . . . había un clima social muy tensionado, que las personas vivían con tremendas angustias personales, sin posibilidad de encontrar canales de exteriorización de esas angustias, inducidas por lo tanto a un cierto aislamiento. Más allá de lo que ocurra después de un grito de liberación, ese grito tiene valor. Aún cuando se agote allí, yo celebro los gritos de liberación. (80)

Aunque elabora personajes ficticios que son débiles, desilusionados y perdidos, todavía los ve como fuente de esperanza. Mi exploración del rol de la lectura en el periodo de la crisis argentina se sitúa en una paradoja en la que se tensionan utopía y angustia, de esperanza y desesperanza. Como señala José Pablo Feinmann, “[s]omos la cara del fracaso: el de nuestras clases políticas sometidas al poder económico por medio de las recetas del Fondo [Monetario Internacional]. Y somos la cara del horizonte, de la posibilidad: un gesto airado, nuevo, ruidoso, en la lucha contra la globalización del capital financiero” (“Filosofía de la asamblea popular” 33). Quisiera ofrecer dos ejemplos literarios más, esta vez poemas publicados en los boletines, que enmarcan esta tensión evidente en el panorama de actividades de las asambleas. En los contextos paralelos de pérdida y derrota, por un lado, y resistencia a través de la solidaridad colectiva, por el otro, la inclusión habitual de la poesía en los boletines contribuye a su retórica y a su organización visual. En *La Cacerola de Zapiola*, boletín del barrio Colegiales en Buenos Aires, se dedica amplio espacio al rol de los propios boletines y a meditaciones autoreflexivas sobre el lenguaje como se ve en lo citado arriba. El diseño gráfico de la tapa del número que



conmemora un año del colapso económico presenta una olla para cocinar con la palabra “cacerola” y su definición: “cilindro de acero, aluminio o latón, usado para cocinar. Batida insistentemente, con una cuchara o un palito, toma forma de arma, con la cual se echan ministros de economía ladrones, se termina con estados de sitios y se hace renunciar presidentes estafadores” (1.25 1). Un número anterior de la misma revista, éste de 2002, también explota la imagen de la cacerola al imprimir el poema “La utopía” por Eduardo Galeano entre la fotografía de una vieja cacerola y una cuchara de metal; los versos salen como si emanaran de los sonidos percusivos provocados por los golpes de la cuchara (1).

Imagen 2. “La utopía”.

Fuente: Latin American Ephemera Collection de la Princeton University Library.

“La utopía”

Ella está en el horizonte.
Yo me acerco dos pasos,
Ella se aleja dos pasos.
Camino diez pasos
Y el horizonte se corre
Diez pasos más allá.
Por mucho que yo camine
Nunca la alcanzaré.
Y entonces...

¿Para qué sirve la utopía?
Para eso sirve:
Para caminar.

El texto de Galeano¹⁷ combina el idealismo esperanzador de la utopía con la desilusión, animando a los lectores a continuar la lucha a pesar de que la meta parezca inalcanzable. El imponente mensaje visual-verbal en el aniversario de los cacerolazos de 2001, con la imagen de la cacerola que ocupa el centro de la página, es menos triunfal que admonitorio al encapsular las emociones contradictorias de la larga lucha.

Otro poema publicado en un boletín de La Plata también reproduce los sonidos de los cacerolazos a través de la onomatopoeya y le añadel presencia siniestra de perros violentos. “Soltando los perros”, cuyo autor se identifica con el seudónimo “cacaai-cacaí”, publicado en 2002 transmite un mensaje amenazante de violencia callejera en el medio de las protestas solidarias:

USA (y tira)

USP (United States of Police)

Cache!

cache cache

Cache!

cache cache

Guau guau guau!!

(perroterriblementeágiles,

deojocerteroentrenado,

atodacarreravienen

luciendo

impecabledentadurablanca)

¹⁷ El poema “Utopía” de Galeano se publicó originalmente, en forma de prosa, con el título “Ventana sobre la utopía” en su libro *Las palabras andantes* (230).

poema introduce esta crítica de la capital global con su juego de palabras: “USA” se desdobra como forma verbal de “usar” y la abreviatura de los Estados Unidos; la parentética “y tira” indica la relación parásita entre Argentina y el primer mundo. Una vez que se vacían los recursos del país, “se tira”. Los perros con sus dientes alfiladas son “ágiles” y eficientes, y se retiran “contentos” mientras la calle, que era un escenario de ocupación, protestas, demandas y voces, termina vacía y amenazante.

En *El grito* de Abbate, discutido al comienzo, un perro también juega un rol importante al estructurar la novela en torno a la crisis. Un perro figura en los capítulos primero y último y guía a los personajes hacia una especie de esperanza tentativa y una conexión a lo colectivo dentro de la crisis. Pero, en vez de los perros ruidosos, agresivos y peligrosos del poema citado arriba, el perro de la novela de Abbate es una criatura pasiva, dependiente y vulnerable. Federico, el narrador y personaje principal del primer capítulo, se desespera al cumplir treinta años, y los regalos que recibe —un perro de parte de su padre y un tentempié de tamaño natural del personaje en *El grito*, de Eduard Munch, hecho por su novia— lo dejan aún más angustiado. Ignora al perro y esconde la figura de Munch donde no la pueda a ver. El tentempié es otro emblema del continuo esperanza/desilusión que estructura la novela: cuando se mece de un lado a otro, se balancea sin caerse ni perder su equilibrio, siempre volviendo a pararse.

Federico vuelve a su apartamento luego de pasar varios días deambulando después de las protestas y encuentra al perro medio muerto. Reconoce que no es capaz de cuidarlo. Desesperado por salvarlo de todas maneras, lo recoge en brazos y sale buscando una solución. En la última escena de la novela, Federico le da el perro a su hermano Agustín, cuya novia, Clara, concluye: “Salimos al balcón y nos sentamos a mirar la calle. El perro estaba parado entre nosotros y movía la cola. Agustín se rió y dijo que la presencia del perro nos hacía parecer una extraña familia” (221). La novela termina en el espacio intersticial del balcón, situando a sus personajes en una posición precaria, ni dentro ni fuera, una plataforma desde donde se mira la calle. Vulnerables pero unidos, constituyen una “extraña familia,” nueva y tentativa. Algo aliviados de su propia angustia, quizás

intentando probar la solidaridad, se vuelven hacia la calle para mirar y escuchar a los demás.

La organización política local que surgió después de la crisis fue algo nunca antes visto. Aunque la mayoría de las asambleas estaban menos activas o, incluso, se habían disuelto para cuando los argentinos eligieron a Néstor Kirchner como presidente en 2003,¹⁸ esta experiencia de activismo colectivo marca el 2002 como el año de “la recuperación del protagonismo, de la capacidad de acción, a través del retorno de la política a las calles” (Svampa 274). En la tapa de uno de los boletines se declara “LA CALLE ES NUESTRA”, en mayúsculas; ocupar la calle, apropiarse del espacio público del barrio, es el impulso detrás de los cacerolazos y la táctica principal de las asambleas. La lectura literaria —en ferias culturales, en talleres de creación, en boletines, en bibliotecas barriales— participa en esta ocupación de la esfera pública recuperada del barrio. Al confrontarse con el colapso económico y político, los ciudadanos canalizan su descontento y su frustración saliendo a la calle para construir una solidaridad festiva y creativa:

En medio del drama nacional, las represiones y angustias de todo tipo, es notable el ambiente de júbilo en las demostraciones, la tendencia a hermanarse, a una solidaridad en el exacto significado latino de la palabra y que, además . . . supera el espíritu corporativo que nos ha carcomido históricamente, a abandonar la seguridad de las casas enrejadas (de pobres y ricos) y sentir la calle como propia. Estos cambios en la subjetividad colectiva son el dato más relevante del momento. (Mattini 46)

¹⁸ La disolución de la mayoría de las asambleas se debe también a los esfuerzos de los dos gobiernos que siguieron a la crisis, el de Néstor y en menor medida el de Cristina Kirchner, que intervinieron y de algún modo dieron respuesta a parte de ese reclamo que se había apoderado de las calles: ciertas políticas tendientes a la inclusión, el posicionamiento más firme frente a los organismos de crédito internacionales y el manejo de la deuda, disminuir o abandonar el endeudamiento externo, fomentar la producción, políticas de memoria y derechos humanos y la reapertura de causas contra represores de la dictadura.

La tapa de un un boletín de Liniers, barrio periférico de Buenos Aires, ofrece una escena de la calle como representación gráfica de la participación ciudadana en la reconstrucción del compromiso público.

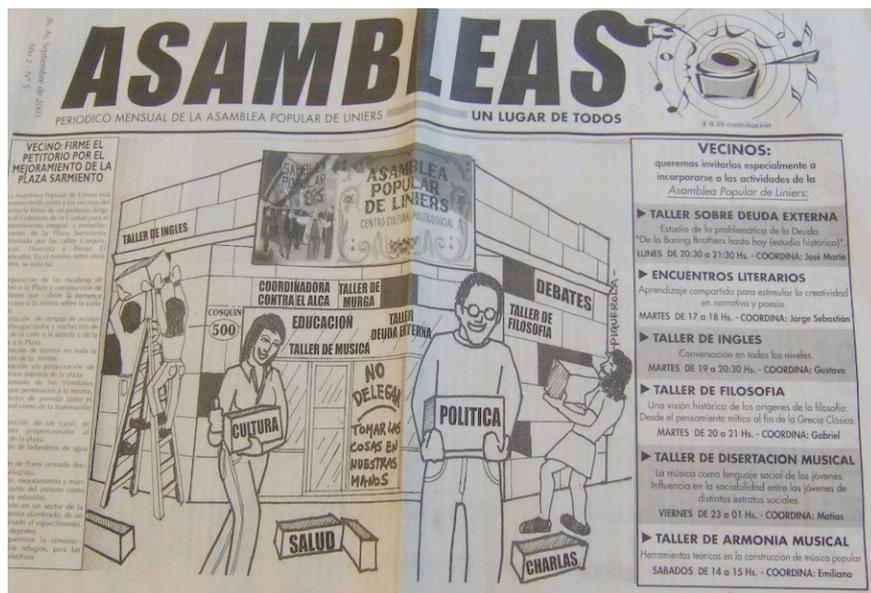


Imagen 3.

Fuente: Latin American Ephemera Collection of the Princeton University Library.

Un sencillo dibujo representa la esquina del edificio del Centro Cultural-Político-Social, cuyo nombre, conectado por guiones, indica las metas multifacéticas y entrelazadas del local. Se ve a los vecinos trabajando juntos para construir el centro; los ladrillos con los que levantan las paredes anuncian las actividades que allí se realizarán: clases de inglés, debates, talleres. Una pareja sonriente sostiene en sus brazos los ladrillos indicados como “CULTURA” y “POLITICA”. Estos forman la base de este centro, además de la base del movimiento solidario más amplio que se desarrolla luego de la crisis argentina. Como nota Svampa, “la cultura constituye un eje de reconstrucción de la experiencia individual y, a la vez, una expresión de resistencia colectiva” (265). Al lado del dibujo, en la misma tapa

del boletín, se presenta una lista de anuncios donde “Encuentros literarios” aparece justo después de un taller sobre la deuda externa. La lectura anima lo cultural y lo político y tiene un rol privilegiado y permanente en el activismo y la sobrevivencia durante la crisis. De los cacerolazos a la organización barrial, “sentir la calle como propia” depende tanto de la desilusión política como de la resistencia cultural. La literatura ocupa nuevos espacios públicos —recitada en festivales en la calle o la plaza y dentro de edificios recuperados en bibliotecas— como materia prima de la construcción de la solidaridad.

BIBLIOGRAFÍA

- “2014 Cacerolazos desde el 19 de diciembre de 2001”. 25 abril 2002. *Nuevamayoría* 25. 7/09/2016. <<http://www.nuevamayoria.com/invest/sociedad/cso250402.htm>>.
- Abbate, Florencia. “Dulce fuerte grave/Sweet strong deep”. *Escritores argentinos: entrevistas. Argentine Writers: Interviews*. María E. Romero, Julio Ariza, y Pablo Molina, eds. Trad. Luciano Camio. Buenos Aires: Patricia Rizzo Editora, 2005. 72-89.
- . *El grito*. Buenos Aires: Emecé, 2004.
- Borges, Jorge Luis. *Las palabras andantes*. Montevideo: Chanchito, 1993.
- Botto, Malena. “1990-2000: La concentración y la polarización de la industria editorial”. *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. José L. de Diego, ed. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica: 2006. 209-249.
- cacai-cacai. “Soltando los perros”. *Boletín de la Asamblea Barrio Hipódromo* 0.6 (octubre 2002): 12.
- Calloni, Stella. “Las asambleas populares: El susurro de la resurrección de un pueblo”. *¿Qué son las asambleas populares?* Buenos Aires: Continente / Peña Lillo, 2002. 16-21.
- Caram, Oscar. *Que se vaya todo: asambleas, horizontes y resistencias: (un cruce de voces en el movimiento popular)*. Buenos Aires: Manuel Suárez Editor, 2002.
- Consejo Nacional de Bibliotecas Populares (CONABIP) 15 agosto 2016. <<http://www.conabip.gob.ar/>>.

- Feijóo, Cristina y S. Oroño, Lucio. "Las asambleas y el movimiento social". *¿Qué son las asambleas populares?* Buenos Aires: Continente / Peña Lillo, 2002. 22-30.
- Feinmann, José Pablo. "Filosofía de la asamblea popular". *¿Qué son las asambleas populares?* Buenos Aires: Continente / Peña Lillo, 2002. 31-33.
- Fiorito, Susana. "Las bibliotecas populares". *Monopolios artificiales sobre bienes intangibles*. 2007. *Fundación Vía Libre*. 7/09/2016. <<http://www.vialibre.org.ar/mabi/5-las-bibliotecas-populares.htm>>.
- Galeano, Eduardo. "La utopía". *La Cacerola de Zapiola* 1.18 (20 junio 2002): 1.
- Gorelik, Adrián. "A Metropolis in the Pampas: Buenos Aires 1890-1940". *Cruelty & Utopia: Cities and Landscapes of Latin America*. Jean-François Lejeune, ed. New York: Princeton Architectural Press, 2005. 146-59.
- Mattini, Luis. "La hora de las comunas". *¿Qué son las asambleas populares?* Buenos Aires: Continente / Peña Lillo, 2002. 44-55.
- Pérez Esquivel, Leonardo. "Cuando las cacerolas sonaron contra el neoliberalismo: Notas sobre las asambleas barriales". *¿Qué son las asambleas populares?* Buenos Aires: Continente / Peña Lillo, 2002. 56-68.
- . "Los por qué de una biblioteca en el barrio". *El Puente: Encontrando Palabras* 1.2 (octubre 2002): 3.
- Rapoport, Mario. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*. Buenos Aires: Ariel, 2006.
- Sáenz Quesada, María. "¿La cultura resiste?" *Reinventar la Argentina: reflexiones sobre la crisis*. Daniel A. Desein, ed. Buenos Aires: Sudamericana, 2003. 145-47.
- Svampa, Maristella. *La sociedad excluyente: la Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus, 2005.
- Takagi, Shinji. *The IMF and Argentina, 1991-2001*. Washington, D.C.: International Monetary Fund. Independent Evaluation Office, 2004.
- Valenzuela, Luisa. "Libro que no muerde". *Cuentos completos y uno más*. México D.F.: Alfaguara, 2003. 323-386.